de vida; verted sobre vuestras llagas la esencia de esas rosas encarnadas; en fin, reposa y gustad en ellas cuán dulce es el Señor. Haced á menudo, haced todos los días esta consoladora experiencia; pero tened fe y confianza, y bendecid con los acentos de la verdadera gratitud á la Hostia de las Cinco Llagas, á la Hostia del sufrimiento, aceptada y deseada y llevada por amor, la Hostia en que el Salvador os da todas las gracias, todos los ejemplos, todas las virtudes de su sufrimiento; la Hostia que os rendirá la paciencia y la resignación, la fuerza y la esperanza, la Hostia que habrá sufrido vuestros propios dolores con vosotros, en vosotros y más que vosotros, uniendo á sus Llagas vuestras llagas, todas vuestras llagas, las de vusetros miembros y las de vuestra alma, para curarlas, santificarlas y hacerlas fecundas.

III.—Propiciación.

La expiación de las Cinco Llagas.

«Él ha recibido estas Llagas á causa de nuestras iniquidades; ha sido maltratado á causa de nuestros crímenes.»

Es vuestro amor, oh Jesús, quien acepta estas

Llagas con sus crueles sufrimientos; pero es el pecado quien las causa; y por expiar los pecados cometidos por las manos, por los pies y por el corazón del hombre, las recibís en vuestras manos, en vuestros pies y en vuestro corazón.

Así, pues, en las Llagas de vuestras adorables manos debo ver la gravedad de los pecados cometidos por mis manos, en las de vuestros sacratísimos pies comprenderé el mal de los pecados, cuyo instrumento son mis pies; y considerando vuestro Corazón abierto por la lanza, comprenderé la iniquidad y los crímenes de mi Corazón; y la sangre, el sufrimiento y la virtud de estas Llagas purificarán mis acciones, mis pensamientos y mis afectos.

Hemos elevado nuestras manos en nuestro loco orgullo—*manus nostra excelsa;*—y hemos dicho: ellas están libres de todo yugo; ellas hacen maravillas de poder; nada las detiene: ellas penetran las montañas y suprimen los espacios; ellas arrojan en la urna el voto que hace la autoridad de las leyes y las de los gobiernos populares: ¿tenemos otro Dios á quien adorar que la obra de nuestras manos?—Y á causa de este orgullo que el hombre saca de las obras de sus manos, las vuestras, oh Jesús, que son las del Dios Criador, las manos omnipotentes,

las manos que tienen las riendas del gobierno de los mundos, están ligadas, sujetas, clavadas en la impotencia, el sufrimiento y la ignominia.

Vuestras manos están sumergidas en la pereza; están cargadas de joyas, de perlas y de anillos de oro; han triunfado de su fineza y de su blancura; han sido un instrumento de pecado; lavadas en los perfumes, se han mantenido en la molicie, huyendo del trabajo que hubiera podido quitar un tanto cuanto su suavidad y brillo; y lo que es más, se han hecho impuras, sucias y criminales.—Y por esto es que las vuestras, oh Jesús, vuestras purísimas manos, después de haber sido maltratradas y encallecidas en los rudos trabajos de treinta años, están hoy heridas y desgarradas: el lodo se mezcla á la sangre; y por todo atavío, ellas ostentan los enormes clavos que las atraviesan de parte á parte.

Las manos del hombre se han entregado á la violencia; han sido el instrumento de la venganza, de la cólera y del asesinato.--Y para expiar estos crímenes y lavar toda la sangre injustamente vertida, vuestras manos, siempre dulces, benéficas y saludables, vuestras manos, oh Jesús, son heridas, traspasadas y ensangrentadas.

Vedlas bajo la tensión de la crucifixión, extendidas, abiertas, dejando correr liberalmente, con su sangre, la vida, el perdón, la salvación. —Para expiar el pecado de las manos avaras que siempre atesoran y siempre permanecen cerradas á las necesidades del pobre y del huérfano.

Ellas han sido fijadas á este leño por las manos inmundas de los verdugos.—Para expiar el crimen de los pecados sacrílegos, el crimen de las manos de Judas, que fué el primero en comer indignamente vuestra Eucaristía, y de todos los de su raza, que desde que estáis en el Sacramento os han sacrílegamente tocado, comido y profanado.

¡Jesús! así es que en el sufrimiento, la ignominia y la transfixión de vuestras manos expíais todos los crimenes cometidos por las manos del hombre. ¡Ah! dejadme besar vuestras manos traspasadas: ellas se extienden hasta mis labios en la Hostia sagrada; dejadme que aplique mis manos, para purificarlas, contra vuestras manos Yo os pido perdón por la Llaga de vuestra mano derecha y por la Llaga de vuestra mano izquierda, por todos los pecados que por mis manos he cometido.

Vuestros pies, el Profeta los había percibido

sobre la cima de los montes, cuando os veía venir como heraldo de la buena nueva; ¡cuán bellos, deslumbrantes, ágiles, fuertes, intrépidos é infatigables eran! No temían ni las espinas de los zarzales, ni las asperezas de la piedra; desafiaban al frío y al lodo, al sol y al polvo, á los sudores y á las fatigas. Ellos siguieron el camino recto y justo, sin declinar jamás en el sendero de la iniquidad; sus huellas marcan el camino seguro, y quien las sigue no marcha en las tinieblas. Y ahora vedlos cubiertos de un lodo rojinegro, formado de polvo y de sangre coagulada; están deformes, desgarrados, destrozados y horriblemente agujereados; ellos están clavados sobre la Cruz y guardarán para siempre los estigmas de aquella hora de suplicio y de vergüenza.

¿Qué es, pues, esto, oh Jesús! Vos habéis debido expiar por las redes tendidas por la maldad á los pies de los sencillos; por las caídas ocasionadas por las piedras de escándalo, dispuestas por el perverso bajo los pies de la inocencia. Vos habéis expiado por el orgullo en el andar y por la impaciencia—*apostata terit pede;*—por la vanidad que triunfa de una forma agradable, de una gracia lasciva. Vos habéis pagado por todos los pasos y las posturas y los

gestos de los bailes, en que la concupiscencia y el libertinaje encuentran en el hogar doméstico, como en las escenas públicas, tan abundante alimento. Todos los pasos que el pecador da para satisfacer los fines, y de los que cada uno renueva su crimen, renovando su resolución de cometerlo; todos los deseos, todos los ardores que alimenta para afianzar su presa; todas las genuflexiones hechas en otro tiempo ante los ídolos del paganismo, y todas las que reclaman los ídolos de carne de un mundo convertido en pagano, y todas las que, por lo contrario, se os rehusan en vuestros templos en que residís, sin embargo, Amor de los amores, Belleza de las bellezas, único Dios verdaderamente adorable; todos estos pecados, todas estas manchas, todas estas abominaciones, todas estas apostasías, cuyo signo es el pie del hombre, órgano ó instrumento, habéis aceptado expiarlas, sufrir su castigo, pagar su deuda á la justicia de nuestro Padre, y por esto, oh dulce Víctima, vuestros pies son ligados, crucificados, traspasados. ¡Oh, cuánto deseo besar vuestros pies con Magdalena y María y con todos los Santos é inundarlos con mis lágrimas de arrepentimiento! Jesús, por las Llagas de vuestros pies sacratísimos, dejadme que

venere y bese con amor vuestra Eucaristía, y cuya sangre y sufrimiento corran en mi alma por la comunión, como un remedio de vida; Jesús, purificadme, purificadme.

Si los pies y las manos son los instrumentos de tantos pecados, ¿no puede decirse que el corazón participa de todas las faltas que el hombre comete? ¿No es el órgano de las afecciones? ¿No es la afección mala y desordenada á las criaturas, á los bienes sensibles, lo que constituye la malicia esencial del pecado? También vuestro Corazón, oh Jesús, ha comenzado por los pecados del corazón una expiación secreta desde su formación en el seno de María; también ha sufrido su Pasión propia en Getsemaní, donde sufrió en las angustias de la tristeza, del espanto y del fastidio, llevadas hasta la agonía, el castigo merecido por los crímenes de nuestros corazones. Mas era preciso que esta Pasión fuese manifiesta y que el tesoro de expiaciones reunido en vuestro Corazón pudiese ser distribuído; por esto permitisteis que vuestro costado fuese atravesado por la lanza, y vuestro Corazón abierto: dos fuentes brotaron de ellos entonces y no cesarán de correr jamás; ellas han formado dos ríos de pureza. El río de agua corre en las piscinas del bautismo; lava el corazón de sus manchas originales y le da la pureza primitiva; el río de sangre serpentea á través del mundo en los cálices sagrados de los altares, y da la pureza activa y meritoria, la pureza que se purifica más y más cada día, y que llega á ser la perfecta pureza.

Corazón purísimo de Jesús, fuisteis traspasado para lavar en ese río de sangre y agua nuestros corazones cargados, torpes y carnales que se han embriagado de la afección sensual y que habiéndoos olvidado totalmente han pervertido vuestros mejores dones. ¡Desbordad, desbordad vuestras olas purificadoras sobre nuestros corazones perdidos, depravados y corrompidos, focos ardientes de tantos males!

¡Corazón amantísimo! la lanza os atraviesa de parte á parte para que vuestro amor, vuestra condescendencia, vuestra bondad, vuestra generosidad, derramándose con vuestra Sangre en esas ondas límpidas y rojas, paguen la deuda ingrata de nuestros corazones, cerrados por el egoísmo, endurecidos por el odio, devorados por la envidia, insensibles á las necesidades de los demás y sensibles solamente á la ruina de los otros, para regocijarse de ella.

¡Corazón humildísimo de Jesús! la lanza os

destroza para que vuestra humildad y vuestra dulzura caigan á torrentes, para destrozarlos de arrepentimiento, sobre nuestros corazones orgullosos, ambiciosos, insaciables, incrédulos, desconfiados, disimulados, perversos é hipócritas, idólatras de sí mismos y rebeldes á Dios, obstinados, endurecidos é impenitentes, fijos en el mal y más duros que el granito.

Por todos estos crímenes, cuyo principio, centro y medio son nuestros corazones, os pido perdón, ¡oh Corazón traspasado de Jesús! y os ofrezco en expiación las ansiedades, las angustias, los terrores, los temores de vuestro Corazón; sus tristezas y sus disgustos en Getsemaní, sus sufrimientos y su agonía sobre la cruz, la llaga profunda que lo penetró, la sangre y y agua que brotaron de ésta. No por un simple deseo, ni una pura ficción de mi espíritu, sino en realidad os ofrezco, oh Jesús misericordioso, vuestro propio Corazón en la Hostia Eucarística en que vive siempre atravesado; os lo ofrezco á la hora de su inmolación sobre la piedra del Sacrificio; os lo ofrezco en sus largos anonadamientos en el Tabernáculo perpetuo; os lo ofrezco en mi alma cuando habiéndole recibido pueda unir y mezclar mi corazón culpable á vuestro Corazón inocente,

perder mi corazón en la Llaga hospitalaria de vuestro Corazón, y deciros: Piedad, piedad por los pecados de mi corazón, á causa de los sufrimientos y de las humillaciones del vuestro.

IV.—Súplica.

Los frutos de las Cinco Llagas.

Yo derramaré sobre la casa de David el espíritu de oración; y ellos se volverán para orar hacia Aquel que hayan traspasado.

Los frutos de las Cinco Llagas son innumerables; ¿no resumen vuestras Cinco Llagas toda vuestra Pasión, oh Divino Cordero! Los principales puntos son tres:

1.º El poder de la oración.—Jesús había comenzado desde su venida al mundo su oficio de mediador y de sacerdote, orando sin interrupción. Aunque heroico y sublime en todo, ha querido unir á las oraciones de sus deseos la de sus sufrimientos; su cuerpo se ha convertido en bocas de oración; á la voz de sus suspiros, de sus gritos y de sus lágrimas, ha unido la voz de su sangre, de sus carnes desgarradas, de sus manos, de sus pies y de su Corazón traspasados: y esta doble oración ha acabado

de vencer la justicia de Dios y nos ha obtenido el pleno perdón.

Como Pontífice por toda la eternidad, Cristo continúa en el cielo su oficio de oración, y por sus Llagas continúa orando. Él las muestra al Padre y le interpela en favor nuestro, obligándole á derramar sobre el mundo todos los dones, todos los socorros que nos han adquirido sus Llagas, sus dolores, su Pasión y su muerte.

Además, para añadir á esta mediación triunfante la potencia de una oración de nuevo humillada, abatida, anonadada, Cristo vuelve á descender á la tierra; recubre sus Llagas gloriosas de la obscuridad y de la debilidad del Sacramento, y Dios oye de nuevo sobre la tierra la oración del Sacrificio y de su Hijo muy amado, renovada en los abatimientos y anonadamientos de la Hostia. Mas al venir aquí abajo, vuelve á tomar su ministerio de la oración, el Salvador quiere asociarnos á Él, y viene para dar pureza, ardor y fuerza á nuestras oraciones, uniéndolas á las suyas. Él está, pues, allí en el Sacramento, como Pontífice de la oración universal; Él inspira y sostiene y después recoge y se apropia todas nuestras oraciones, todos nuestros votos. Los recoge en las profundas Llagas de sus manos;

las sumerge en la Llaga más profunda de su Corazón; allí se purifican, se hacen santas, fecundas y omnipotentes, participan de la oración del Soberano Sacerdote y participan de la virtud y el valor de ésta, y se hacen la oración de Jesús mismo. ¡Oh dulce misterio de la intercesión por las llagas de mi Jesús!

De hoy en adelante por vuestras llagas oraré también, oh Divino Sacerdote. Las presentaré á Dios siempre abiertas y suplicantes en todas las Hostias del mundo. ¿Qué podéis rehusarme entonces, Vos que habéis dicho: «Todo lo que pidiereis á mi Padre en mi nombre os será concedido?»

Pues bien, yo os pido en vuestro nombre, en vuestro nombre de sangre escrito en vuestras Llagas en el Calvario, en vuestro nombre de poder brillante, en vuestras Llagas en el cielo, en vuestro nombre de amor grabado en vuestras Llagas en el Sacramento: Jesús, por vuestras Cinco Llagas escuchadme.

2.° El Apostolado del sufrimiento.—Tal es el segundo fruto que producen las Llagas de Jesús.

Cualquiera que sufre, puede, si quiere, y es de su deber quererlo, cooperar en una medida cuya magnitud sólo Dios conoce, pero que es

siempre real y muy grande, á la salud del mundo; continuar la redención comenzada en el Calvario, y que no terminará sino hasta el último día; á salvar almas, avanzar el reino de Dios, hacer retroceder á Satanás, ayudar á los obreros del Señor; á sostener á la Iglesia de la tierra en sus combates, consolar la Iglesia que sufre en el Purgatorio, y hacer salir de él á las pobres almas; á regocijar y glorificar á la Iglesia del cielo; para esto, para trabajar muy real y eficazmente á todas estas grandes obras, basta unir sus sufrimientos á las Llagas de Jesús y sufrir en unión con el Salvador. Esta unión está al alcance de todos: no exige nada de difícil; los más simples, los más ignorantes de los que sufren pueden realizarla. Lo que exige desde luego es el estado de gracia y que esté exenta el alma de todo pecado mortal, porque para unirse al Cristo vivo es preciso ser un miembro vivo; pero ¿quién no puede, con ayuda de los sacramentos, guardar su alma en estado de gracia? Después es preciso estrechar la unión entre nuestros sufrimientos y los suyos, nuestras llagas y sus Llagas, por la comunión hecha á menudo, frecuentemente, todos los días; eso es lo más fácil, lo más dulce y también el más poderoso medio de fortificar la

unión. Hay también la oración, sobre todo la que se hace ante la Hostia á las Cinco Llagas, en que el alma, considerando los sufrimientos de Jesús, encuentra fuerza para sufrir, aceptar y aun amar sus propios sufrimientos. El último medio es aceptar con resignación, por amor á Él, por compasión á sus sufrimientos, y aun simplemente para expiar nuestros pecados, pagar nuestra deuda y merecer el Paraíso, los sufrimientos que se digne hacernos padecer. Mientras mayor sea esta resignación en vista de Jesús y por su amor, más estrecha hace la unión con Él. Es preciso procurar renovar á menudo los actos.

He ahí todas las condiciones del apostolado por las Cincos Llagas. ¡Cuán fáciles nos las ha hecho vuestra condescendencia!

¡Lo que entonces sucede es magnífico, sublime! De Jesús y del paciente se hace un solo ser, una sola persona; el paciente presenta á Jesús todos los sufrimientos aceptados de sus miembros; Jesús vierte las virtudes y los méritos infinitos de sus Llagas; y aún más, Jesús se apropia estos sufrimientos; el paciente le da miembros en los cuales Él se ha encarnado de nuevo, y es Jesús quien sufre con el paciente, Jesús quien le santifica, Jesús quien deifica sus

sufrimientos: Jesús renueva entonces y extiende su Pasión, y la Pasión de Jesús es toda satisfacción dada á Dios, toda paz rendida á la tierra.

¡Ah! Todos vosotros los que sufrís, vosotros los que estáis condenados al sufrimiento prolongado y quizás incurable, aceptadlo por amor á Jesús, unidlo á las Llagas de Jesús, uníos Vos mismo á Jesús: sufrid con Él, por Él, por sus obras según sus designios y sus deseos, y haréis en vuestra impotencia é inutilidad aparentes la obra de Jesús, la obra de la Redención: completaréis en vuestro cuerpo por su Iglesia lo que falta á sus sufrimientos; es decir, lo que para ser aplicado á ella espera nuestra cooperación voluntaria.

3.º La abnegación para los que sufren.—El tercer fruto de las Cinco Llagas es inspirar la caridad para los que sufren y hacer amar á las Llagas, de hacer triunfar las repugnancias de la naturaleza para cuidarlos, consolando á los desgraciados que están afligidos. ¡Oh Divino Crucificado! antes que se os hubiese visto destrozado, ensangrentado, semejante á un leproso, y no teniendo ya forma humana, las llagas, las úlceras, la lepra, la sangre, en una palabra, eran horribles y repugnantes. ¡Desgraciados de los que sufrían males tan terribles! Pero desde que habéis tenido llagas, desde que habéis sido nombrado leproso, el último de los hombres y el gusano de la tierra y que bajo estas Llagas se os ha visto atraer las miradas complacientes de Dios y excitar la admiración de los Ángeles; desde que por medio de estas Llagas habéis rescatado al mundo y curado las llagas espantosas de nuestras almas; desde que estas Llagas han sido súbitamente curadas, sanadas, transfiguradas por la gloria de la resurrección, y que las cicatrices que habéis querido conservar brillan como joyas deslumbrantes en vuestras manos y en vuestros pies, ¡ah! desde ese día las llagas humanas han perdido su horror; se han hecho conmovedoras, dignas de piedad y aun dignas de desearse; y se ha visto á aquellos que no las padecían desearlas ó considerarlas como un honor perdido, y darse una compensación cuidando las llagas, dedicándose á los heridos, á los leprosos, á los apestados y á todos los que padecen el mal.

Divino Maestro, á Vos es á quien se ve en esas pobres víctimas del sufrimiento, á Vos á quien se busca y á Vos á quien se encuentra en ellas. Se os ha buscado en la mañana bajo

las apariencias del Sacramento, se os busca bajo las apariencias del enfermo para continuar la comunión y prolongar el encuentro con Vos; Vos os habéis dado en la comunión en el amor, en la paz, en los goces íntimos del alma; se siente la necesidad de haceros una acción de gracias, devolviéndoos amor por amor en el servicio de vuestros miembros que sufren. ¡Siempre la comunión, siempre la presencia real, siempre Vos, oh hombre de dolores, leproso desechado de todos, gusano de la tierra pisoteado!

Las apariencias que os ocultan en el enfermo son á veces más obscuras, más abyectas, más difíciles que las que os ocultan en el Sacramento; pero esto no es negocio de apariencias: la fe las mira, el corazón las descubre, y os encuentra á Vos, sólo á Vos adora, ama y sirve.

¡Oh Jesús! ¡Jesús traspasado! dadme por vuestras amables Llagas, dad á muchas almas que os amen bastante, que crean bastante en Vos, para que adorándoos y recibiéndoos primero en el dulcísimo Sacramento de vuestras llagas, se entreguen en seguida con generosidad y constancia á ese ministerio sublime y santificante entre todos, de los pobres heridos,

de los pobres estropeados, de los pobres ulcerados, de los pobres leprosos, de los pobres incurables. por amor vuestro, por abnegación por la Iglesia, y por caridad por los miembros que sufren, heridos y traspasados de vuestro Cuerpo sacrosanto.